

UMBRAL Y LARRA. ANATOMÍA DE DOS DANDYS

Por *Alma Amell*

En 1965 apareció un estudio crítico con el título *Larra. Anatomía de un dandy*, uno de los primeros libros de un joven escritor llamado Francisco Umbral. En dicho estudio, Umbral destaca la vigencia de las ideas de Larra en nuestro tiempo y su aislamiento de sus contemporáneos por lo mismo. Según Umbral, Larra, igual que Quevedo y Valle-Inclán, era un dandy que sacaba la cabeza por encima de la nube gris que era su contorno.

Umbral en aquella época era uno de muchos escritores que reconocían el gran valor de la obra del periodista romántico. Pero esto no había sido siempre así. El escándalo causado por el suicidio de Fíguro oscureció durante casi un siglo la gran importancia de sus escritos. El único que —ya a finales del siglo XIX— señaló su extraordinario talento fue Clarín, que se refería a él como el primer escritor de su tiempo, ya que veía horizontes que sus contemporáneos no columbraban siquiera. Y aunque los noventayochistas, en particular Azorín, aceptaran al escritor romántico como su mentor, para ellos no pasó de ser un mero símbolo.

En 1908, Miguel S. Oliver escribía en *La Vanguardia*:

Puede decirse, sin asomos de paradoja, que Larra es más contemporáneo nuestro que de los suyos propios; más contemporáneo nuestro que muchos que vivieron después, que todavía viven y producen (56).

Desde entonces la modernidad de la prosa e ideas de Fíguro ha sido algo comúnmente aceptado. Pero son los escritores de los años sesenta los que se identifican plenamente con él y reconocen su pensamiento como contemporáneo del de ellos. Juan Goytisolo, en un artículo aparecido por vez primera en 1960 con el concluyente título «La actualidad de Larra», da una llamada de atención a las nuevas generaciones:

Mariano José de Larra aparece, en efecto, en nuestra panorámica cultural, como el autor español más vivo, más entrañablemente actual de la hora presente (816).

A Goytisolo se une a lo largo de la década una serie de ensayistas jóvenes, algunos de cuyos artículos aparecen en el número que *la Revista de Occidente* publica en mayo de 1967 dedicado a Larra. Todos coinciden en que la actualidad de sus escritos e ideas está unida a la preocupación que el escritor siente por el problema de España.

En las décadas siguientes la admiración por Larra aumenta y es expresada por un sinnúmero de escritores, entre los que se destacan Antonio Buero

Vallejo, Juan Goytisolo, Francisco Nieva, Lourdes Ortiz, José María Rodríguez Méndez y Francisco Umbral. Este último, en *Larra: Anatomía de un dandy*, sitúa a Larra con Quevedo en «la línea de los rebeldes con causa, de los españoles que deciden ser espejo implacable, aunque exornado, para sus compatriotas» (13), y también afirma que «la vigencia actual de Larra es la vigencia eterna de una cabeza pensante en un mundo de estatuas descabezadas» (34). Podría asegurarse sin temor a la equivocación que Umbral se pondría a sí mismo dentro de la línea mencionada y que la visión de su propia figura frente a la sociedad española de la segunda mitad del siglo XX no difiere mucho de la que tenía Larra frente a la del XIX.

Al examinar el paralelo entre ambos escritores hay que centrarse en el medio de difusión en el que la mayoría de su obra apareció: las publicaciones periódicas. Larra se dedicó a la poesía, al drama, a la novela, pero ante todo fue periodista. De Umbral puede afirmarse lo mismo. No son sus novelas o cuentos los que mejor reflejan su pensamiento, sino sus artículos periodísticos.

En «Un periódico nuevo» Fíguro expone sus ideas sobre la importancia de la prensa en relación a la literatura:

A todos los países cultos y despreocupados la literatura entera, con todos sus ramos y sus diferentes géneros, ha venido a clarificarse, a encerrarse modestamente en las columnas de los periódicos (I, 446).

En este mismo artículo Fíguro expone otra idea, que sin duda alguna podría ser expresada por Umbral con sólo adaptarla al siglo XX. Es más, veremos que es la base de toda la producción literaria de dicho autor:

Los hechos han desterrado las ideas. Los periódicos, los libros. La prisa —la rapidez, diré mejor—, es el alma de nuestra existencia y lo que no se hace deprisa en el siglo XIX, no se hace de ninguna manera... En el día es preciso hablar y correr a un tiempo, y de aquí la necesidad de hablar de corrido, que todos desgraciadamente no poseen. Un libro es, pues, a un periódico, lo que un carromato a una diligencia. El libro lleva las ideas a las extremidades del cuerpo social con la misma lentitud, tan a pequeñas jornadas como éste lleva la gente a las provincias (I, 446).

Nada más hojear los escritos de Umbral puede verse cómo el autor relaciona el periodismo con la literatura. A este respecto los más interesantes son sus diversos libros de memorias. En *Retrato de un joven malvado* Umbral, refiriéndose a sus principios como escritor en los años sesenta, dice:

En los periódicos se publicaban por entonces muchos artículos. El periodismo español siempre había estado lleno de literatura. La indignación del país había hecho que grandes escritores tuvieran que recurrir al periódico para vivir. Así, nos pudimos permitir el lujo de que Larra o Bécquer hicieran de gacetilleros ilustres. Un lujo irónico, paradojal, puesto que nacía de una escasez.

Así han seguido las cosas desde siempre, pero en los años cuarenta, cincuenta y sesenta este fenómeno se agudizó, porque los periódicos no podían dar informaciones extensas y profundas sobre casi nada, no tenían gran cosa que decir, y entonces llenaban grandes vacíos con literatura (111).

En el segundo párrafo de la cita de Umbral se podrá observar el paralelismo existente entre la época de la postguerra a la que el escritor se refiere y los periodos fernandino y postfernandino en los que Larra escribía. Un aspecto importante de ambas épocas es algo que se ha señalado como una constante en la literatura española: la censura, cuya presión se manifiesta de manera clara en Larra y Umbral. Aquél, en «Un periódico nuevo», cita un monólogo del protagonista del *Marriage de Figaro* de Beaumarchais, en el que se ironiza sobre la libertad de imprenta en España y que, aunque escrito en 1784, se podría aplicar muy bien al año 1835, fecha del artículo del pseudo-Figaro. La identificación de Figaro con su homónimo del siglo anterior queda clara, igual que su creencia que la situación del escritor de 1835 no se diferencia mucho de la de medio siglo antes. A su vez, más de un siglo después del artículo en cuestión, Juan Goytisolo expone las mismas opiniones en otro titulado «Escribir en España»:

El Ministerio de Información subvenciona generosamente varias publicaciones de alto nivel intelectual, como *El Español*, *Poesía Española*, *La Estafeta Literaria* (que pudiera titularse también *Estafeta Filatélica*, *Bursátil* o *Militar* sin necesidad de alterar su contenido), que colaboran de modo eficaz en la patriótica labor de saneamiento emprendida por la censura (838).

La ironía acerca de la censura en los escritos de Larra y en el texto de Goytisolo es una de las características de los artículos de Umbral. Pero mientras Goytisolo está convencido de los efectos negativos de la censura, tanto Larra como Umbral ven un efecto que aún no siendo intencionado redundaba en beneficio de la literatura. Ambos coinciden en que la censura ha ayudado a mejorar el estilo de algunos escritores. El primero asegura que «géneros enteros de la literatura han debido a la tiranía y a la dificultad de expresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido» (II, 242). Por su parte, Umbral afirma que «la censura es un problema de estilo, de modo que las cosas se pueden decir todas porque en literatura no importa tanto lo que se dice, importa lo que no se dice, lo que se sugiere» (Beneyto, 43).

La postura que Umbral adopta como escritor frente a la realidad histórica española es de nuevo paralela a la que, con siglo y medio de anterioridad, había adoptado Larra, que opinaba que no sólo la censura, sino la historia total de España no había cambiado nada: «por España no pasan años». En *Diario de un escritor burgués* Umbral expresa la misma idea:

El Rey ha hablado un par de horas con Tierno Galván. Es como si don Alfonso XII hubiese hablado un par de horas con Valera. Yo qué sé. Es como la historia, que gira siempre en forma de sí misma como la puerta giratoria del café (121).

Otra característica que Umbral atribuye a Larra y que en mi opinión comparte con él es el desarraigo, que según el escritor actual es la única libertad absoluta, de modo que la circunstancia ideal del ser humano es la *tabula rasa*, o sea carecer de circunstancia. Para él, el suicidio es una manera vo-

luntaria de terminar una situación en que la circunstancia se impone demasiado y quita la libertad absoluta. Umbral mismo sólo juega con la idea del suicidio, como lo explica en *Retrato de un joven malvado*:

La tristeza lleva a la pérdida de la imagen y la pérdida de la imagen lleva al suicidio. El suicidio. ¿Por qué no intentarlo? Eran días de jugar peligrosamente con el barbitúrico, con el vaso de agua de la cocina, con la muerte... Nunca llegabas a saber lo que de juego había en aquel coqueteo con la muerte y lo que había de verdad (172).

Umbral afirma que se puede seguir viviendo, pero visita el cementerio donde está enterrado Larra, para asegurarse de que todavía es posible escoger la muerte si la vida llega a ser insoportable.

Creo, sin embargo, que el desarraigo de Larra no era voluntario, sino el resultado de vivir en una sociedad cuya realidad formaba un lastimoso contraste con lo que él creía que debiera ser. Diego I. Mateo del Perál sostiene la misma idea:

Por el contrario, aparece como un tenaz luchador por el bien colectivo, a punto de ser vencido por la fuerza de un grupo que ha esgrimido todos los instrumentos posibles para imponerle una valoración pesimista de lo humano, en cuanto testimonio de un falso orden público y personal... Ese es, rigurosamente, el sentido auténtico del desarraigo de aquel hombre comprometido y libre, a quien su medio social obligó estar en soledad combativa, incluso hasta la muerte (58).

La dialéctica entre los conceptos «comprometido» y «libre» marca la obra tanto de Larra como de Umbral, aunque desde diferentes puntos de vista. Pero a pesar de que Umbral busca el desarraigo, lo que lo salva del suicidio no es solamente la posibilidad de otro escape, sino la índole positiva del cambio político-social en la España de su época, en agudo contraste con la fernandina y postfernandina. Aun sin depender para su estado de ánimo de su circunstancia, como era el caso de Larra, Umbral puede conjugar su yo con la realidad que le rodea, que es la de una España, aunque no ideal, democrática.

Independientemente de esta diferencia de circunstancia, Francisco Umbral recibe el mismo choque entre la sociedad europea y la española que sufrió Larra, debido a sus conocimientos de ambas. En su ya mencionado estudio sobre Larra dice que a su regreso de Francia, Mariano José se encontró con un Madrid que era un «impuro caserío» (172). La misma idea de la sociedad madrileña y por extensión de la española se encuentra en su libro *Trilogía de Madrid*, publicado en 1984, en el que describe Madrid como «una concentración de tribus alcarreñas» (242). Aunque el primer paso para la mejora de la situación política en España ya se ha dado, está claro que quedan todavía muchas cosas que no le agradan a Umbral. Pero es su desarraigo voluntario, y el ambiente de libertad —tan necesario para vivir— en que lo efectúa, lo que le salva del suicidio que para Larra era una necesidad.

El interés literario de Umbral por Larra brota repetidamente a lo largo de sus escritos. No sólo esto, sino que también coinciden en su atracción hacia los clásicos, de los que Quevedo es quizá el que más ha influido en ambos. Uno de los aspectos de Larra que más atraen a Umbral es su uso del

idioma. La importancia que éste último da al lenguaje corre pareja a la que da al contenido de sus artículos. Para él el idioma es lo único real cuando se está escribiendo un libro, según afirma en *Retrato de un joven malvado*:

El lenguaje es el depósito del pensamiento, la rebotica de la filosofía, todo está en él y no hay más que dejarle hablar. Empezar por las ideas abstractas es inútil porque las ideas son palabras. La filosofía sin palabras es como la pintura sin colores. No existe (157).

Umbral distingue una serie de autores cuya obra contiene las ideas ya expuestas sobre el lenguaje. Entre ellos figuran Quevedo y Larra. Refiriéndose a los apuntes de gramática que éste redactó en su adolescencia y a su proyecto de un diccionario de sinónimos siendo ya escritor consagrado, afirma que Fígaro era un vocacional del lenguaje, un artista del idioma, y que uno de sus mayores logros se encuentra en su creación de la lengua y su aportación al castellano. Cuando, en *Anatomía de un dandy*, dice que «crear idioma es devolverle a éste su riqueza primigenia, llenarle de significado que el tiempo ha ido borrando. Esta tarea la cumple Larra» (126), está exponiendo ideas igualmente aplicables a su propia obra. Lo que él ha escrito sobre los mayores logros de Fígaro en el uso del lenguaje ha sido destacado con respecto a sus propios escritos por críticos de la categoría de Fernando Lázaro Carreter y Francisco Ynduráin. Dentro del uso del idioma, en lo que ambos escritores se destacan más y ponen más énfasis es en la sátira. Como se ve en la siguiente cita de *Retrato de un joven malvado*, la ironía es totalmente necesaria para Umbral en la literatura:

La realidad es irónica. Vivimos dramáticamente en un mundo que no es dramático... El hombre, crispado siempre, contrasta con la monotonía serena, aburrida e imparcial de la naturaleza. De ahí nace todo el humor, toda la ironía, toda la burla de la vida... El escritor que no sepa ver eso, más vale que no escriba (187).

Asimismo, el fin que con sus escritos persiguen lleva a ambos al uso de la ironía y de la sátira para conseguir el efecto deseado. Dice Larra:

Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a la que tenemos la honra de pertenecer (II, 164).

Para finalizar, fijémonos en tres artículos de Larra: «El café», «El casarse pronto y mal» y «El mundo todo es máscaras», que están estrechamente relacionados con dos artículos de Umbral: «El casarse pronto y mal» y «Las máscaras», y una sección de su libro *Retrato de un joven malvado* dedicada a un café.

En el segundo artículo de *El duende satírico del día*, Larra ve el café como paradigma de la sociedad de su tiempo, presentándonos un microcosmos del Madrid de 1828. Lo mismo se encuentra en la obra aludida de Umbral, tratándose en este caso del Madrid de los años sesenta de nuestro siglo. La gran similitud entre ambas descripciones del ambiente del café y del desfile de tipos y caracteres nos muestran el inmovilismo de la sociedad española, tantas veces señalado por Larra y Umbral.

Uno de los artículos del libro de Umbral *Diario de un español cansado*

lleva el título de otro, escrito por «el Bachiller» en 1832. El primero empieza así:

Así tituló Larra uno de sus mejores artículos: «El casarse pronto y mal». ¿Cómo se casa hoy la gente, en Madrid? Pronto y mal (105).

La imagen general de la sociedad española de este siglo es presentada de la misma manera que la del siglo XIX. Hasta en la descripción de la pareja protagonista se encuentra el mismo tono —irónico y un poco paternalista— que en la de Augusto y Elena. Además, ambas parejas son procedentes de la clase media alta y se desenvuelven en un ambiente snob. Compárense los dos siguientes fragmentos, de los textos de Umbral y Larra, respectivamente:

Me invitan a una boda de un guionista de cine que todavía no ha escrito ningún guión y una socióloga que aún no ha sociologizado nada (105).

Pero, ¡oh, dolor!, pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar a Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar (I, 109).

Por último, en *Diario de un snob*, compilación de los artículos aparecidos en *El País* en la sección del mismo nombre, se encuentra uno titulado «Las máscaras», que recuerda «El mundo todo es máscaras» de Larra. Una vez más la similitud no se limita a los títulos, sino que Umbral comienza con una mención directa de Figaro:

Las máscaras madrileñas, carnaval infame de otro tiempo, se llevaban por delante en su remolino a un suicida de chistera que se llamaba Mariano José de Larra (180).

Continúa el autor insistiendo en la figura de Larra: «decía el escritor que todo el año es carnaval, y lo es en Madrid» (180), para desarrollar a partir de entonces sus ideas en un camino que se aleja del usado por Figaro. Pero este alejamiento sirve de complemento de la situación presentada por Larra y de las ideas que el periodista romántico expresó sobre la misma. Umbral se sale de la gran ciudad para irse a un pueblo, que como él dice «vive en la mitad del campo, mirando para Madrid» y donde «sólo es carnaval una vez al año, un martes trágico y cómico» (180). De esta manera nos presenta el reverso de la medalla: mientras Larra usa su artículo para denunciar las falacias de la sociedad española de su tiempo mediante personajes arquetípicos de un Madrid símbolo de la misma, Umbral se sale de Madrid y acude a uno de los muchos pueblos de la meseta castellana para denunciar no ya la falacia de los estratos dominantes de la sociedad, sino la prostitución forzada de sus estratos más bajos.

Creo que queda demostrado que, a pesar de pertenecer a épocas muy distintas, existe una gran similitud, casi identidad, en muchos aspectos de las obras de Mariano José de Larra y Francisco Umbral. Por una parte su visión de España es la misma, y por otra coinciden en sus deseos para la literatura. Larra exigía en 1836 «libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia» (II, 134). Para Francisco Umbral, dicha exigencia se está cumpliendo en la España de los

años ochenta, donde «hay un clima de creación en absoluta libertad» y «un grupo de escritores que practican una escritura en libertad absoluta y total» (Amorós, 12-13).

OBRAS CITADAS

- Amorós, Andrés. «La literatura española ante los ochenta», en *El año literario español 1980*. Madrid, Castalia, 1981.
- Beneyto, Antonio. *Censura y política en los escritores españoles*. Barcelona, Euros, 1975.
- Goytisolo, Juan. «La actualidad de Larra», en *El furgón de cola. Obras completas*. II (Madrid, Aguilar, 1978), pp. 816-833.
- Larra, Mariano José de. *Obras*. Ed. de Carlos Seco Serrano. Cuatro volúmenes. Madrid, Atlas, 1960.
- Mateo del Peral, Diego I. «Larra: compromiso y libertad en el escritor». *Cuadernos Hispanoamericanos* 193 (enero 1966): 58.
- Oliver, Miguel S. «Larra». *La Vanguardia* (enero-febrero 1908), citado en *Mariano José de Larra*, editado por Rubén Benítez. Madrid, Taurus, 1979.
- Umbral, Francisco. *Diario de un escritor burgués*. Barcelona, Destino, 1979.
- *Diario de un español cansado*. Barcelona, Destino, 1975.
- *Diario de un snob*. Barcelona, Destino, 1973.
- *Larra. Anatomía de un dandy*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1976.
- *Retrato de un joven malvado*. Barcelona, Destino, 1973.
- *Trilogía de Madrid*. Barcelona, Planeta, 1984.